BOLETIN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

ACTA

DE LA

SESIÓN REGIA DEL DOMINGO 29 DE JUNIO DE 1879

SEÑORES:

FERNÁNDEZ-GUERRA, Director accidental.
COLMEIRO.
ROSELL.
CÁNOVAS DEL CASTILLO.
MADRAZO.
LA FUENTE.
SAAVEDRA.
PEZUELA.
FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.
SALAS.
RIAÑO.
BARRANTES.
GÓMEZ DE ARTECHE.
CORRADI.
FABIÉ
RADA Y DELGADO.
BALAGUER.
CORREA.

CORRESPONDIENTES

EXCMO. SEÑOR CARDENAL PATRIARCA DE LAS INDIAS.

SEÑORES:

VILLAAMIL Y CASTRO.
LA GARZA.
FERNÁNDEZ DURO.
OLIVER (D. BIENVENIDO).
RODRÍGUEZ FERRER.
ARIZA.
LOS RÍOS (D. DEMETRIO).
OLIVER HURTADO, Secretario accidental.

La Real Academia de la Historia celebró junta pública solemne en su casa de la calle del León, el domingo 29 de Junio de 1879, para dar cumplimiento á lo que prescribe el art. 22 de sus Estatutos, y siguiendo la costumbre observada por sus sabios y celosos antecesores.

Presidióla S. M. el Rey, dignándose así honrar á este Cuerpo literario, y asistieron los Sres Académicos, cuyos nombres se expresan al margen: el Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros; los Excmos. Sres. Ministros de Fomento, Hacienda y Marina; varios Jefes de Palacio, individuos de las demás Reales Academias, de los Consejos de Instrucción pública y Sanidad, y de otras Corporaciones, y

numeroso público de uno y otro sexo, compuesto en su mayor parte de personas distinguidas en las letras, las artes, las ciencias ó la política.

A la una, hora señalada para dar principio al acto, llegaba S. M. á las puertas de la Academia, y entrando en el zaguán, adornado con tan fausto motivo de macetas y vistosas flores, fué recibido con el mayor acatamiento por una Comisión, compuesta del Director accidental, Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra, y de los señores D. Manuel Colmeiro, Censor, D. Cayetano Rosell, Bibliotecario, y el académico D. Pedro de Madrazo.

Acompañado de estos señores, de los Ministros antes citados, de altos funcionarios de Palacio y del Excmo. señor Gobernador de Madrid, llegó el Rey al salón de sesiones públicas y ocupó la silla presidencial. A su derecha tomaron asiento los Excmos. Sres. Presidente del Consejo de Ministros y Ministros de Fomento, Hacienda y Marina; y á su izquierda el Excmo. señor don Aureliano Fernández-Guerra, el Excmo. Sr. Cardenal Patriarca de las Indias, y el Excmo. Sr. D. Manuel Colmeiro.

S. M. el Rey abrió la sesión, pronunciando estas palabras: «La Real Academia de la Historia celebra hoy junta pública solemne, en cumplimiento de sus Estatutos, para conmemorar el aniversario de la fundación del Cuerpo, dar cuenta de sus actos, anunciar los asuntos para premios y leer el Elogio de un español ilustre. Tiene la palabra D. Manuel Oliver Hurtado, como Secretario accidental, para leer la Noticia de actas de la Academia.»

El Sr. Oliver, de pie y á la derecha de la mesa, leyó la Noticia, y terminada, así como la que efectuó después, á indicación también de S. M., del programa de premios

acordado por la Academia para los concursos de 31 de Diciembre de 1880 y 1881, y otro sin plazo determinado para un trabajo importante de Geografía, concedió el Rey la palabra á D. Juan de Dios de la Rada y Delgado para leer el Elogio de un español ilustre.

El Sr. Rada, de pie asímismo y á la izquierda de la mesa, leyó un discurso dedicado á la buena memoria del Excmo. Sr. D. José Amador de los Ríos.

Se levantó después el Sr. Fernández-Guerra, y obtenida la competente venia, se dirigió con el más profundo respeto al Rey, expresando así los sentimientos que le animaban:

«Señor: Día de júbilo indescriptible es éste para la Real Academia de la Historia, que, al conmemorar solemnemente su fundación, debida á un excelso progenitor de V. M., recibe la honra de verse presidida por el Monarca egregio, en quien compiten la lozanía de la juventud y la prudencia de las canas, el más decidido y entusiasta amor á las letras y la consideración más noble hacia los que generosamente las cultivan.

Esta Academia guarda el libro de las grandes enseñanzas y de los grandes ejemplos. En él se juzga con severidad á los hombres descaminados, que, como el camello, no beben agua que primero no enturbien; pero también en él resplandecen con eterna alabanza los príncipes magnánimos llamados á regir sus pueblos en justicia y sabiduría. Isabel la Católica, buscando y atrayéndose al mérito y á la virtud donde se esterilizan olvidados, y engrandeciendo, para bien de la patria, las dignidades con un fray Hernando de Talavera y un fray Francisco Ximénez de Cisneros; los puestos literarios con un Hernando del Pulgar y un Antonio de Lebrija; las armas con

un Gonzalo de Córdoba, y las increibles empresas, ni siquiera soñadas, con un Cristóbal Colón; el César Carlos V, favoreciendo á maravillosos guerreros; su hijo, el prudente y sabio Felipe II, levantando á sabios, prudentes y virtuosos; y el Fundador insigne de la dinastía borbónica, atendiendo con sin igual solicitud á la creación de los Cuerpos literarios, en quien se afianzan el esplendor del lenguaje y la veracidad y utilidad de la historia, á par del propio nombre, inmortalizaron el de España por toda la redondez de la tierra.

Sea V. M., como ya lo es y todo lo anuncia, espejo y luz de príncipes, comprendiendo en sí todas las glorias y excelencias de sus mayores, y ostentando como ellos en su diestra unidos el laurel de la victoria y la bienhechora oliva de floridísima paz.

La Academia desea perpetuar el recuerdo de este día, y pide á V. M. la venia para estampar su augusto nombre en la publicación que ahora precisamente comienza de *El libro de las batallas,* escrito por Gonzalo Fernández de Oviedo, uno de aquellos españoles portentosos que llenaron el mundo con la nombradía de su valor y de su ingenio,

Tomando ora la espada, ora la pluma.

Concluyo, Señor, dando á V. M., en nombre de la Academia, las más respetuosas y cordiales gracias por la señaladísima honra, por el favor insigne, por la distinción que acaba de dispensarnos.»

A lo cual se dignó S. M. contestar en los siguientes términos:

Señores: La benévola acogida que he merecido á esta ilustre Corporación, y las palabras que me ha dirigido su

digno Director interino, honor de las letras españolas, me obligan á manifestar mi agradecimiento y el placer con que he oído la Memoria de los trabajos efectuados por los señores Académicos desde la última junta pública.

No ha sido menor mi complacencia al escuchar el excelente elogio hecho por el Sr. Rada, juzgando á escritor tan ilustre como el Sr. Ríos.

Y por último, me ha sido muy lisonjera la invitación de la Academia á estampar mi nombre al frente de la edición de *El libro de las batallas* de Fernández de Oviedo; así como el celo de la Corporación en abrir concursos de premios á estudios históricos importantes.

De acuerdo con el Ministro de Fomento, tengo la satisfacción de encargar á la Academia que ofrezca un premio extraordinario de mil duros y la edición de la obra al mejor trabajo que se presente sobre el asunto que la misma Corporación designe.

El Sr. Fernández-Guerra ha recordado con frase elocuente nombres gloriosos de nuestra historia patria, llamando la atención sobre la importancia de esta Academia, que, como ha dicho muy bien, guarda el libro de las grandes enseñanzas y de los grandes ejemplos.

Los hombres que en premio á sus trabajos históricos vienen á ocupar estos puestos, tienen, en efecto, una gran misión que cumplir: la de narrar y juzgar lo pasado, á fin de que sirva de enseñanza para conocer lo presente y para prever lo venidero.

Grande es el respeto que mi juventud é inexperiencia me imponen al dirigiros la palabra, Sres. Académicos; pero no puedo menos de manifestar que, en mi opinión, esta ilustre Academia es una de las que más pueden contribuir á la regeneración y engrandecimiento de Es-

paña, conservando siempre vivo el espíritu nacional y el amor á las glorias pasadas. Ya lo dije en la Sociedad Geográfica: ¡desdichado el pueblo que, para ser grande, cree necesario renegar de su historia!

Vosotros, Sres. Académicos, habéis investigado en ese gran libro, de que nos hablaba el Sr. Guerra con tanta elocuencia, las fuentes de nuestro poder y nuestra grandeza, buscando también las causas de nuestros desaciertos, de nuestras desgracias y de nuestra decadencia.

Inspirad, pues, en vuestros trabajos al pueblo español ese amor patrio, ese sentimiento de propia dignidad; hacedle comprender que quien supo vencer en Granada, en Otumba, en Pavía, en Lepanto y en tantas otras gloriosas empresas, aún puede dar hermoso ejemplo presentándose á los ojos de los demás pueblos como modelo de fe inquebrantable, de moralidad en las costumbres, de respeto á la ley, de amor á la ciencia y al trabajo; y haciendo comprender que, si un tiempo fué capaz de dominar el mundo, hoy aspira á más alta gloria, la de dominarse á sí mismo, que es la base en que estriba su verdadera regeneración.»

Así dijo S. M., y dióse por terminada la sesión con un ¡Viva el Rey! en que prorrumpieron los circunstantes.

Pasaron después S. M., los Ministros y Sres. Académicos á la Sala donde la Corporación celebra sus sesiones, en la cual se había preparado un sencillo refresco.

Allí quiso ver de cerca á todos los Sres. Académicos, y le fueron presentados por el Sr. Director accidental con alabanzas siempre justas, aquellos á quienes S. M. no conocía personalmente, y asimismo varios individuos de la familia del difunto Sr. Ríos. A todos dirigió S. M. palabras de benevolencia; y, conversando familiarmente, ya

con unos, ya con otros, permaneció allí largo tiempo.

Acompañado de las mismas personas que le recibieron al entrar, salió S. M. de la casa de la Academia, quedando ésta muy reconocida por haber ofrecido S. M. que firmaría gustoso el acta de esta sesión, la cual suscriben también el Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros, el Excmo. Sr. Ministro de Fomento y los Sres. Académicos que concurrieron á tan solemne acto.

(Siguen las firmas.)